

# CIENCIA, EXPERIENCIA Y ORALIDAD

Antonio Cruz Coutiño

## Memoria, oralidad y patrimonio intelectual

Desde hace tiempo el CAEM<sup>1</sup> estudia y reflexiona sobre la memoria y la oralidad de México y Centroamérica, ámbito del patrimonio cultural intangible o intelectual. Enfoca en particular a la antiquísima Mesoamérica y su legado contemporáneo, en donde se observan generalidades y expresiones extensas. Las múltiples facetas del fenómeno de la religiosidad popular, por ejemplo, pero también eventos específicos, concretos, como la paremiología particular de Chiapas; las creencias y leyendas contemporáneas de los pueblos mestizos e indios, a través de las cuales expresan su herencia mítica ancestral o, el caso particularísimo de la transmisión del conocimiento que presupone la enseñanza-aprendizaje de las diversas rimas de celebración. Efectuamos observación genérica, aproximada; observación precisa, situada, cuidadosa, y en ocasiones, observación que identifica al investigador con el fenómeno en estudio o que compromete la externalidad y la autonomía del observador, respecto de los actores de procesos, fenómenos, celebraciones. Desarrollamos entrevistas abiertas, profundas, relajadas, no estructuradas; mismas que llamamos *testimoniales*, pues regularmente se busca en ellas el testimonio, la voz auténtica de la experiencia, la elocuencia, la madurez, la vida.

Averiguamos en algunos casos las versiones previamente escrituradas, relativas a las “historias” que interesan a la investigación. De modo que en ocasiones se efectúa indagación bibliohemerográfica, cibernética y de archivo. Se formulan guías de observación para dar seguimiento a rituales, fiestas, recorridos procesionales, labores técnicas y artesanales. Se identifica y selecciona atentamente a los informantes, conversamos con ellos previamente, se les entrevista sin más fin que tener una idea general acerca de su dicción, sus habilidades rememorativas, sus conocimientos y experiencias, su disponibilidad “afectiva”, sus ocupaciones y tiempos disponibles. Y entonces, con base en esta información, elaboramos guías de entrevistas, presumiblemente “etnográficas” o “de investigación”.

Finalmente, vamos a las entrevistas, mismas que en general resultan verdaderos ejercicios conversacionales, charlas sabrosas, confidenciales, guiadas sin embargo por los *ítems* de la tabla de apuntes; sesiones que en ocasiones

se multiplican a insistencia del informante. Es esto lo que nombramos *entrevistas testimoniales*, con las que se aprende, comprende y registra información, pero sobre todo *conocimientos* que de otra forma se disiparían ante el embate de la posmodernidad, el pensamiento global, la fugacidad y el vértigo de las relaciones humanas contemporáneas. Se fotografían fauna, flores, plantas, alimentos, sustancias orgánicas, personajes, indumentarias, máscaras, objetos e instrumentos rituales, marchas y procesiones. Luego se expone este material a los informantes. Precisión: esto se hace cuando a lo largo de las entrevistas observamos confusión e inexactitud en la descripción de los tópicos o acontecimientos. En tales casos, las fotografías y láminas evocan la experiencia o el fenómeno en estudio, invocan a la memoria y facilitan la rememoración y la descripción. Incluso en ocasiones hay necesidad de garabatear mapas conceptuales y croquis de recorridos, precisamente para aclarar dudas respecto de rutas, evoluciones, definiciones, calendarios o el significado de hitos, espacios y tiempos ceremoniales.

Investigación anclada en la oralidad. Técnicas cualitativas de acopio, selección, sistematización, apreciación y análisis. Herramientas propias de las ciencias sociales y humanas. Propias, especial y específicamente, de la investigación cuyos sujetos son hombres y mujeres, jóvenes y bandas, familias y calles, barrios y comunidades. Herramientas, técnicas y métodos depurados, que bien empleados permiten aflorar los vastos saberes y conocimientos de la gente llana, modesta, “inculta” e incluso analfabeta. Herramientas que permiten los registros, secuencias, descripciones, tipologías y argumentaciones interpretativas, típicas de la sociología cultural y “de la cultura”, la antropología cultural, la lingüística, los estudios culturales y aquellos asociados a la educación. Valiosas experiencias y saberes antiquísimos, todos expresados mediante la palabra, ventana a la que se asoman oralidad, recuerdo, rememoración y memoria. Recursos mnemotécnicos a través de los cuales la memoria individual y colectiva expresan el vasto conjunto de saberes y conocimientos acumulados, ancestrales, de los pueblos originarios, de las comunidades y pueblos rurales; de los distritos, barrios y barriadas marginales de las grandes, medianas y pequeñas ciudades del mundo.

Es el conjunto de saberes y conocimientos que por vía oral expresan cotidianamente los individuos y sus comunidades. Es información, datos, procedimientos, narraciones,

<sup>1</sup> Cuerpo Académico Estudios Mesoamericanos. Pequeña comunidad intelectual, radicada en las Facultades de Ciencias Sociales y Humanidades de la Universidad Autónoma de Chiapas.

nomenclaturas, definiciones, etcétera; conocimientos provenientes de la experiencia, la vida, la oralidad y la palabra. Conocimientos que sin embargo, hoy, al igual que durante el largo proceso de formación del método científico occidental, son considerados de escaso o nulo valor desde la perspectiva de las ciencias duras, desde la ciencia de los eruditos, la científicidad de los conocimientos provenientes de la naturaleza; exactos, estadísticos.

## **Cronistas y conocimiento experiencial, memorístico**

Los cronistas novohispanos, por ejemplo, pero de igual forma los cronistas de todas las latitudes y todos los tiempos —desde Heródoto (siglo V aNE) y Marco Polo (siglo XII dNE) en la primigenia Europa, hasta los mexicanos contemporáneos Chava Flores, Carlos Monsiváis y Elena Poniatowska— logran retener en sus trovas, cartas, crónicas, historias y relatos, una parte quizá incipiente, de los conocimientos de los antiguos pueblos, culturas y civilizaciones del orbe. Quizá partes pequeñas y sin ningún rigor enciclopédico o metodológico, que, sin embargo, al ser registradas para la historia, para la preservación de la memoria y los estudios modernos, han permitido avanzar a las ciencias sociales en la reconstitución del rompecabezas ideológico e intelectual de las civilizaciones mesoamericanas, entre otras. Los cronistas novohispanos, entre ellos el obispo Diego de Landa y fray Bernardino de Sahagún, obtienen, sistematizan y divulgan tantísima información sobre los hábitos, costumbres, conocimientos, creencias y cosmovisiones de los pueblos americanos originarios, con base en largas e intensas conversaciones —seguramente entrevistas testimoniales— con indios previamente cristianizados, castellanizados, plenamente dueños del español como segunda lengua, y en última instancia, *aculturados* de acuerdo con los cánones del cristianismo y de la civilización occidental.

Los indios notables e instruidos, en todos los casos descendientes de gobernantes, sacerdotes y chamanes —como se aprecia en las escrituraciones y traducciones de los llamados “textos mayas coloniales”— aportaron, si no todos, algunos valiosos conocimientos heredados, vía tradición oral: cosmología, religión, divinidades, mitos, celebraciones y rituales; numerología, medicina y saberes asociados a hierbas y plantas medicinales; gastronomía, astronomía, climatología, diversas agronomías, lenguas y lenguajes; festividades y actividades lúdicas, procedimientos artesanales y un largo etcétera. Conocimientos heredados, sí, pero contruidos socialmente a través de la repetición, la praxis, la observación relativamente sistemática, las experiencias íntimas vinculadas a lo sensorial, ritual, religioso y estético, la experiencia en sí misma, su transmisión oral y la

integración colectiva del pensamiento mítico y demás recursos del patrimonio intelectual. Conocimientos básicamente experienciales, que ayer como hoy recurren al poder de la memoria y la palabra. A la transmisión de ellas mediante la evocación, la rememoración y la oralidad. Todo este caudal de experiencias, saberes y conocimientos locales, son transmitidos por los cronistas en general y en particular por los centroamericanos y de la Nueva España, en cuyas memorias, tratados y descripciones abreva todo aquel que intenta escudriñar primero y aportar después, luz respecto del pensamiento y la sabiduría de las antiguas civilizaciones mesoamericanas. Ellos son, además de los citados: Acosta, Alvarado Tezozómoc, Benavente, Ciudad Real, Clavijero, Cogolludo, Cortés, De la Torre, Díaz del Castillo, Vázquez de Espinosa, Fuentes y Guzmán, Gage, García de Palacios, Alba Ixtlilxóchitl, Las Casas, López de Gomara, Mendieta, Ordóñez de Aguiar, Vázquez de Espinosa, Durán y Hernández de Toledo, entre otros.

## **Conocimiento y sabiduría de las antiguas civilizaciones**

Unificado antes de la invención del método científico, del positivismo y demás avances del pensamiento científico y filosófico asociado a la modernidad del mundo occidental, ya existían los saberes eruditos, la “ciencia” de las diversas civilizaciones y culturas, el *conocimiento* capaz de proveer soluciones, respuestas y alternativas tecnológicas a las imperiosas necesidades humanas. Ya existía desde tiempo atrás la sabiduría y el conocimiento derivado del entorno, del ser humano y de la naturaleza, provenientes de las más diversas y remotas latitudes del mundo, procesados bajo las más disímolas condiciones intelectuales e ideológicas: chamánicas, animistas, escatológicas, agnósticas, esotéricas, cosmológicas o abiertamente religiosas. Hacia el Oriente Extremo, las civilizaciones de China, Japón, India, Corea, Birmania, Tailandia, Camboya, Vietnam, Malasia, Indonesia y otras; mientras que en el Oriente Medio florecen las civilizaciones proto-occidentales: Fenicia, Persia, Caldea, Sumeria, Asiria, Babilonia y Egipto, e incluso ahí mismo, varias culturas asociadas al Islam.

Con el tiempo y el influjo de las diversas herencias culturales previas, Europa *conoce* la civilización tras la configuración de Grecia y el mundo helénico. Luego consolida esta experiencia a través de la profunda y extensa síntesis civilizatoria propiciada por el imperio romano. Imperio que da paso al concepto de “civilización occidental”, cuando Europa señorea al mundo, cuando América es una de las regiones “descubiertas” y sojuzgadas por los nuevos imperios, aunque, ahí florecen las civilizaciones mesoamericanas (1200 aNE-1500 dNE), del mismo modo como en su momento prosperan las culturas en Oriente Medio, en el área entre ríos, la antiquísima Mesopotamia. Hoy sabemos que entre las

civilizaciones de Mesoamérica se encuentran las culturas olmeca, tolteca, teotihuacana, mexica, mixe-zoque, totonaca, zapoteca, mixteca y maya. Que todas estas civilizaciones, al igual que las asiáticas y occidentales, transforman sustancialmente su medio rural, desarrollan avances “científicos” y tecnológicos sorprendentes. Entre tales avances se encuentran las caligrafías que algunas culturas despliegan para expresar escrituralmente su lengua; entre ellas las mesoamericanas, cuyas escrituras glífico-fonéticas o logo-silábicas por ejemplo, avanzan de un modo importante, cercanas a la escrituración de las lenguas orientales.

Es verdad, sin embargo, que nunca llegan a su plena madurez, debido a cierta declinación general, experimentada tanto antes como después del choque cultural provocado por la presencia intempestiva de los europeos en América, a pesar de que, con tecnologías rudimentarias, tallan, cortan, esculpen y fabrican verdaderos complejos arquitectónicos; dinteles, estelas e incluso esculturas de una gran perfección, prueba irrefutable de la universalidad en la que se enmarca Mesoamérica y sus proyectos civilizatorios. Los pueblos que generan civilizaciones, cultivan tecnologías asociadas a la transformación y aprovechamiento de los recursos y el ambiente natural que las rodea, en línea con sus necesidades políticas y demográficas. Todas de conformidad con el máximo nivel de desarrollo alcanzado hasta la irrupción general de Occidente. De acuerdo con estudios arqueológicos e históricos recientes,<sup>2</sup> por ejemplo, la China de los siglos XIV y XV dNE cuenta con refinados conocimientos y técnicas geográficas, constructivas y de navegación, que le permiten construir la “flota del tesoro”: bajeles y otras naves gigantescas con las cuales el gobierno del tercer emperador de la dinastía Ming, Zhu Di (1360-1424) efectúa el primer reconocimiento náutico general del mundo entre 1421 y 1423; empresa extraordinaria en comparación con la emprendida por las pequeñas carabelas españolas que cruzan el Atlántico, a finales del siglo XV.

La historia demuestra que no todos los pueblos fundan civilizaciones, sino sólo aquellos herederos de diversas y continuas sedimentaciones experienciales, que perfeccionan, retroalimentan y atesoran. Efectúan descubrimientos e invenciones y, de modo diferente, codifican sus saberes y hallazgos. Con base en ello: a) Mejoran su calidad de vida; b) Construyen sistemas cosmológicos complejos; c) Fundan una especie de mística o ética de la trascendencia; d) Resuelven ideológicamente las nociones de legitimidad, poder y autoridad, bases fundacionales de la institución del Estado; e) Dominan en algunos casos y “civilizan” en otros, territorios de su influencia; y f) Registran avances sustanciales en astronomía, física, mecánica, hidráulica,

matemáticas, ingeniería constructiva, arquitectura, medicina, fisiología, agronomía, escritura, pintura, escultura y demás artes plásticas.

El rasgo identitario sustancial de las civilizaciones estriba entonces en su capacidad para fundar pensamientos, cosmovisiones, filosofías, tal como ocurre con China, Grecia y Roma, al tiempo que, en su mayoría, culminan en la institucionalización de la figura del sacerdote, sabio, hombre o mujer de Estado, filósofo e intelectual, aunque la antigua Historia apenas pergeñada por Heródoto (484-425 aNE) sólo registra a los griegos Anaxímenes, Heráclito, Pitágoras, Parménides, Anaxágoras, Protágoras, Sócrates, Platón, Aristóteles, Hipócrates y Galeno. No a los desconocidos por Occidente, entre ellos los sabios del mundo musulmán medieval del siglo XI, padres de la experimentación y de la cuantificación, verdaderos precursores del método científico: Alhacén (Ibn al-Haytham), Avicena (Ibn Sina) y otros pensadores persas y árabes de la antigüedad. A estas civilizaciones y al aporte de tales sabios, sin ninguna duda, hay que recurrir para explicarnos el lento proceso que va de Oriente a Occidente y desemboca en el pensamiento de los intelectuales renacentistas europeos u occidentales; los fundadores de la *estrategia del método*, pioneros del quehacer científico, entre ellos: Paracelso, Leewenhoek, Francis Bacon, Galileo, Tycho Brahe, Johannes Kepler, Copérnico y Newton

## Naturaleza de los conocimientos empíricos y experienciales

Aunque la mayor parte de los saberes y prácticas inteligentes, empíricas o convencionales, se transmiten por vía oral, de acuerdo con la experiencia y las diversas pedagogías, en el centro de los procesos de transmisión de los conocimientos no se encuentra la oralidad, sino la acción, la praxis de los individuos y de las sociedades de las cuales forman parte; los procesos de enseñanza-aprendizaje que implican actividades verbo-motoras. En la albañilería, la carpintería y demás actividades técnicas y artesanales, por ejemplo, es la praxis la que hace posible la transmisión del conocimiento. Incluso históricamente, en la praxis social es posible encontrar el origen de la comunicación y el lenguaje. Por estas razones se pone énfasis en la experiencialidad; porque en ella están basados los saberes ancestrales vigentes, cotidianos y experienciales de los pueblos mestizos e indios —herederos de aquellas antiguas civilizaciones— de todas las naciones contemporáneas del orbe, aunque en particular de América Latina y el Caribe, ámbito en el que se configura la mayor parte de los conocimientos del individuo común, comunidades y sociedad en general. De ahí que las vías de concreción de este conocimiento convencional (acientífico, asistemático, empírico, acumulativo y vivencial), históricamente hayan sido las siguientes: a) La praxis técnica y artesanal de

<sup>2</sup> Gavin Menzies, *1421 el año que China descubrió el mundo*, Barcelona, Random House Mondadori, 2003, pp. 462 y ss.

carácter preindustrial, expresada en los procesos de enseñanza-aprendizaje de técnicas y procedimientos; b) La experiencia traducida como saber experiencial, en donde la repetición de una actividad laboral o práctica cultural favorece la acumulación de conocimientos, perfecciona, expande y modifica los saberes, como en el caso de las actividades agrícolas y pecuarias; c) El transcurso de la vida cotidiana, sus propios componentes y, la observación de ella, expresadas a través de la moral, la ideología y la religiosidad popular, cultura e identidades regionales, imaginario social, etcétera; d) La heredad cultural expresada en mitos y mitologías, esto es leyendas, “historias”, creencias, tradiciones y costumbres; e) La observación general y la “observación relativamente sistemática” de la naturaleza, cuyos temas centrales serían: universo, clima, fenómenos meteorológicos, fauna, hierbas y plantas útiles; y f) La experiencia íntima vinculada con el campo de lo sensorial, ritual, religioso, moral, ético y estético.

Estos son los conocimientos, mientras que las vías de transmisión, acumulación, “almacenaje” y “maduración” se asocian al proceso que va de la memoria hacia la evocación, de ésta hacia la invocación y luego al recuerdo. Después conduce a su concreción mediante la rememoria y la recordación, expresadas a través de la oralidad y la palabra, por cuyo medio se registra, preserva y retroalimenta. Ahora bien, concretamente, ¿en qué actividades cotidianas, coloquiales y mnemotécnicas, la *oralidad* y la *conversación* se activan neuronalmente y actúan como herramientas que facilitan a los individuos su comunicación de saberes, experiencias, recuerdos, sentido común? Habría que responder que en las prácticas propiamente *discursivas*, aunque no sólo en ellas, sino en un vasto inventario: versiones elementales y elaboradas de cuentos populares, anécdotas, “historias” y “sucedidos”, y en lo que llamamos “heredad cultural”: mitos expresados por leyendas, creencias y costumbres, trovas, canciones, corridos y parodias, rimas, rítmica y adivinanzas; saberes lúdicos infantiles, juegos, rondas, cantos, coplas y coros religiosos; rezos y cantos propios de las “novenas”, el Todosanto, la Navidad y demás celebraciones y la oralidad, asociada a “requerimientos sociales” y normas de cortesía; insulto, majadería, brindis, apuestas, consejos e instrucciones; formas de tratamiento y salutación, fórmulas para pedir a la novia... Ahí se encuentran las formas y recursos del *habla popular*: sociolectos, vocabularios, voces comunes, voces malsonantes, repertorios, las expresiones coloquiales, frases hechas, giros del lenguaje y paremiología, es decir: refranes, dichos y sentencias populares, los sobrenombres y apocorísticos de personas, los patronímicos y apelativos asociados a localidades; toponimias y variedades lingüísticas especiales: jerga, argot, caló. La *testimonialidad* individual y colectiva, integrada por biografías e historias de vida, memoria e historia oral articulada, percepción del pasado cercano, que en el caso particular de Chiapas podría referirse

a la Revolución, al agrarismo, a los movimientos sociales y al levantamiento de los pueblos indios en 1994, pero también las llamadas “efemérides comunitarias” y la vida cotidiana rural y urbana.

Habría de considerarse también la *tradición oral* y los conocimientos ancestrales expresados en ritos y celebraciones rituales de carácter propiciatorio, agrícola, curativo, esotérico y religioso; actitudes y costumbres individuales, familiares, laborales, grupales y sociales; tradiciones y creencias; experiencia y entorno. Las oraciones y conjuros enseñados y aprendidos oralmente; la nomenclatura y etnobotánica de hierbas, plantas y árboles; repertorio de la fauna general e insectos; organización social y ceremonial de fiestas, festividades, celebraciones y danzas. Los “sistemas de cargos” de la antropología culturalista neocolonial, los complejos rituales, cultos y prácticas esotéricas y en general el fenómeno de la “religiosidad popular”. Estas conexiones entre la experiencialidad y la memoria también se observan en las prácticas verbo-motoras asociadas a la enseñanza, aprendizaje, aplicación de los oficios artesanales, las artes gastronómicas, los conocimientos médicos tradicionales, particularmente los asociados a pueblos mestizos e indios, y aquellos referidos a sustancias orgánicas e inorgánicas, hierbas y plantas medicinales.

## Saberes científicos contra saberes fácticos

Desde la formulación pausada del método científico, desde la pretendida racionalidad de la ciencia y la verificabilidad de los conocimientos, se procuró descalificar el valor intelectual —explicativo, erudito, formacional e identitario— de los saberes transmitidos por vía oral, provenientes de la vida cotidiana y de la experiencia individual y colectiva. Se pretendía su invalidación por razones subjetivas. Por considerar que tales conocimientos provenían de comunidades atrasadas, agrarias, analfabetas e incultas. Por no ser antecedidas del conjunto de normas ilustradas que pregonaban: fundamento en una matriz conceptual o sistema teórico, procedimientos, técnicas y metodologías institucionales y, sobre todo, mediación de una institución formal, académica, que sacralizara de algún modo tales conocimientos. Los sacerdotes de la ciencia fundaban y aún fundan sus nociones al respecto —desde la perspectiva del método científico o desde la filosofía de la ciencia— en la idea de que todo el saber experiencial, memorial y cotidiano, lejos de ser conocimiento, era tan sólo *información*: conjuntos de datos proporcionados por la realidad, aunque ciertamente ordenados e incluso razonados por el ser humano; conjuntos de saberes distintos al saber científico-tecnológico. En última instancia, “otro tipo de conocimientos”. Y tenían razón. El método científico, desde sus albores, no se construye a expensas de los saberes locales, asociados al sentido



común o a cierta racionalidad cultural práctica, ni con el fin de validar los conocimientos empíricos y experienciales. Lo que sí ocurre es que la academia y los círculos científicos generan reticencia y hasta una especie de rivalidad respecto de los conocimientos fácticos y experienciales, debido a que tal masa de saberes — producto de la erudición y el quehacer intelectual de la gente común— se les escapa de las manos. No pasan por su sapiencia, ni por los matraces y fórmulas de los laboratorios científicos. Referimos los conocimientos que se generan como producto de la concatenación de la experiencia mil veces repetida, los procesos de enseñanza-aprendizaje vinculados a las labores técnicas y artesanales, la acumulación de saberes plausibles, y las soluciones antiquísimas eficaces. Desde la antigüedad, los conocimientos fácticos nunca requirieron de la aprobación de nadie, ni de comprobación ninguna, como tampoco hoy nadie en el ámbito de la experiencia, el sentido común, la rememoración y la oralidad, recurriría a la aprobación científica, ni a los cánones de verificabilidad de la ciencia, para su concreción o aplicación a la vida cotidiana. De donde resulta que el universo general de los conocimientos *no es de la exclusiva factura de la ciencia*; no pertenecen a ella ni corresponden exclusivamente a centros o instituciones de investigación.

No es cierto que sólo se aprenda de libros, universidades, laboratorios, reportes de investigaciones científicas y ciencia en general. Es para todos evidente que se aprende en primer lugar del mundo de la vida cotidiana, de la palabra habitual, de la observación genérica y sistemática, de la práctica informal y conducida, del juego y la praxis infantil, de la charla, de la experiencia de los otros, y en general, del ejercicio mnemotécnico de la memoria. En otras palabras y tal como afirma Luciano Concheiro: “la ciencia no es el único método de asimilación y aprendizaje de la realidad. Existe un sinfín de visiones acerca del mundo y sus fenómenos. La teología por ejemplo, lleva a un mundo idílico, creado por dioses y [a] manifestaciones asombrosas [en donde] confluye un raudal de religiones y creencias que convergen en la fe, en entidades superiores y en verdades universales, y divergen en cuanto a sus formas y manifestaciones en la tierra.”<sup>3</sup> Es decir, se conoce, se practica, se aprende, *se sabe*, se comprende e incluso se transforma la propia vida individual y familiar, la cotidianidad de los individuos y de los grupos sociales; la vida de las colectividades, instituciones y en general la sociedad, sin pasar necesariamente por la ciencia formal, el conocimiento científico-técnico acreditado por la *intelligentia* y la academia, como ocurre con la etnobotánica asociada a semillas alimenticias, hierbas y plantas medicinales, cuyos

<sup>3</sup> Luciano Concheiro y otros, “Educación científica VS saberes locales. El reconocimiento de la ciencia indígena”, en Sophia Pincemin y otros (eds.), *Estudios Regionales en el Siglo XXI. Identidad, cultura y educación*, Tuxtla Gutiérrez, UNACH, Facultad de Ciencias Sociales y CAEME, p. 204.

## En la experiencialidad están basados los saberes ancestrales vigentes, cotidianos y experienciales de los pueblos mestizos e indios

conocimientos son efectivos, verificables; capaces de generar utilidad y sobrevivencia. Las propias comunidades científicas e intelectuales, expresadas a través de programas, instituciones, universidades y sistemas de control y divulgación de sus saberes, desde su constitución formal pusieron en tela de juicio la validez empírica y el valor científico de aquellos conocimientos, su utilidad técnica y social, su valor cultural y educativo. Todo ello, tras la globalización imperante, es aún más evidente. Se pretende que los conocimientos convencionales nada valen. En palabras de Boaventura de Sousa: “la nueva racionalidad científica es también un modelo totalitario, en la medida en que niega el carácter racional a todas las formas de conocimiento; [aquellas] que no se pautan por sus principios epistemológicos y por sus reglas metodológicas”.<sup>4</sup> Como en las políticas editoriales y las directrices técnicas de las revistas “científicas” asociadas a aquellas comunidades, en donde los saberes tradicionales, mnemotécnicos, difícilmente encuentran cabida; no se asimilan a los “procedimientos de la metodología investigacional” y, en última instancia, sus materiales rehúyen las características de la escrituralidad científica. Viendo las cosas así, tres preguntas podrían orientarnos: a) ¿Será toda esta base de datos, ciencia, verdad, saber, información prescindible o imprescindible para la vida social de las personas?; b) ¿Habrá alguna diferencia entre los conocimientos procesados “científicamente”, es decir, de acuerdo con las bases axiológicas, conceptuales y metodológicas del positivismo, el materialismo, el racionalismo, el estructuralismo y demás secuelas teóricas, por una parte, y por otra, los conocimientos pragmáticos-ancestrales y tradicionales-memorísticos de los pueblos y comunidades originarias?; y c) ¿Cuáles son las bases de la transmisión de los saberes y conocimientos asociados a la memoria y el patrimonio intelectual? ¿Cuáles los mecanismos que han permitido no sólo su comunicación, su traslación de una generación a otra, sino su perfeccionamiento, su diversificación?

### Propuesta fenomenológica de lo cotidiano

Aún las ideas más brillantes están inspiradas e incluso fundadas en las ideas de otros; en conocimientos y experiencias previas. Esto ocurre con Alfred Schütz, quien inspirado entre otros en su profesor Edmund Husserl y su

<sup>4</sup> Boaventura De Sousa, *Una nueva epistemología del sur*, México, CLACSO Coediciones y Siglo XXI, 2007, p. 21.

fenomenología trascendental, propone el concepto de la “construcción social de la realidad” basado en el “mundo de la vida cotidiana”. De donde se deriva la tardía revisión e incorporación —desde la sociología, la antropología y los estudios culturales— de las ideas fenomenológicas a las ciencias sociales. Schütz, efectivamente, propone la valoración del sujeto social en el ámbito del conocimiento. Es decir, su re inserción al ámbito del conocimiento científico, al de los procesos mentales que hacen posible el conocimiento, y al de la acción social. La reincorporación de la totalidad holística de los sujetos, la personalidad intrínseca del ser humano, la formación social específica de los individuos, su particular subjetividad identitaria y la construcción de la llamada “intersubjetividad social”. Schütz establece implícitamente la valoración de los conocimientos empíricos, convencionales, desde la perspectiva del sentido común, matriz y escenario de la acción social, y los clasifica en varios segmentos: a) Conocimientos derivados del sentido común; b) Conocimientos asociados a la realidad de la vida cotidiana; c) Pensamiento mítico; d) Apreciaciones derivadas de la realidad de los sueños; e) Pensamiento conceptual, denso o filosófico; f) Pensamiento lúdico, infantil y adulto; g) Las experiencias ética, estética y religiosa. Conocimientos todos ubicados en la dimensión espacio-temporal determinada por la “situación biográfica” particular de los individuos. Por la intersubjetividad social construida por los sujetos, en donde la subjetividad de unos determina la subjetividad de los otros y viceversa.

A mayor precisión: la situación biográfica de los individuos implica una situación particular en el mundo; una experiencia única, crianza y educación específicas; intereses, motivos y deseos personales, factores sociales susceptibles de ser controlados y factores absolutamente externos, imposibles de intervenir. Todos son elementos que condicionan la formación de personalidades únicas, mientras que, de acuerdo con Natanson<sup>5</sup> y el propio Schütz<sup>6</sup>, la intersubjetividad es posible porque el mundo del sentido común permite anticipar ciertas conductas para desarrollar la vida social. “Así —plantea Schütz— cuando yo me dirijo hacia otra persona y le pregunto sobre algún tema, estoy suponiendo una estructura social en la que reconozco al otro. Asumo que compartimos ciertos códigos. Nos unimos a ellos en alguna actividad común. Influidos y nos dejamos influir”<sup>7</sup>.

Es decir, los individuos y la cotidianidad social disponen de aquella plataforma de relaciones humanas y de sentido común supeditada por un *stock of knowledge at hand*,

almacenamiento pasivo de experiencias o “repositorio de conocimientos disponibles”

Integrado por tipificaciones del mundo del sentido común. Cada uno de nosotros acepta este mundo, no sólo como existente sino como [anterior] a nuestro nacimiento; no sólo como habitado por semejantes, sino como interpretado por ellos de maneras típicas [...]. Sabemos además, que nuestro mundo incluye tanto seres animados como objetos inertes, seres y objetos que desde un primer momento son percibidos típicamente y dentro de un horizonte de familiaridad. [Aunque] no hace falta que nadie nos enseñe que lo común es común [o] que lo familiar es familiar...<sup>8</sup>

Son los conocimientos a los que nos venimos refiriendo, los saberes de la cotidianidad social: saberes experienciales, praxis técnicas y artesanales, heredad cultural, observación general, relativamente sistemática, experiencia íntima. Aquellos conocimientos asociados a “la realidad de la vida cotidiana” que, de acuerdo con Berger y Luckman, se dan por establecidos como realidad, pues “no requieren verificaciones adicionales sobre su sola presencia y más allá de ella. Está ahí, sencillamente, como facticidad evidente, de por sí e imperiosa. Sé que es real. [Es decir], aun cuando pueda abrigar dudas acerca de la realidad, estoy obligado a suspender esas dudas puesto que existo rutinariamente en la vida cotidiana”<sup>9</sup>. O de otra forma: los conocimientos convencionales, para ser útiles o productivos y hacer avanzar a la humanidad, no requirieron antes, *ni se atienen hoy* a la verificabilidad de sus principios de verdad; aunque es cierto que tales conocimientos experienciales, orales y memorísticos, del mismo modo que en el campo de las narrativas literarias, poseen sus propios códigos de verosimilitud.

## Crisis epistemológica. Crisis civilizatoria

Desde el último cuarto del siglo pasado hay crisis en el ámbito de la filosofía de la ciencia; crisis epistémica que se refleja en las diversas disciplinas científicas, especialmente en el ámbito de las ciencias sociales y humanas, avocadas en buena parte a brindar las razones filosóficas y antropológicas suficientes para comprender los procesos humanos, sociales y tecnológicos que llevan a la generación y a la retroalimentación de los conocimientos. Dentro del propio positivismo científico y sus vanguardias hay contradicciones, rectificaciones, arrepentimientos. Han sido desmanteladas las proposiciones conceptuales del materialismo histórico, aunque aún persisten escuelas y corrientes afines, llenas de vida. De acuerdo con Mauricio

<sup>5</sup> Maurice Natanson, “A study in philosophy and the social sciences” en Maurice Natanson (comp.), *Philosophy of the Social Sciences*, New York, University of California & Random House, 1963.

<sup>6</sup> Alfred Schütz, *La construcción significativa del mundo social. Introducción a la sociología comprensiva* (J. Prieto, trad.), Barcelona, Paidós, 1993.

<sup>7</sup> *Ibidem*, 39.

<sup>8</sup> Maurice Natanson (comp.), *El problema de la realidad social [en Alfred Schütz]*, Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1974, p. 126.

<sup>9</sup> Peter L. Berger y Thomas Luckman, *La construcción social de la realidad*, Buenos Aires, Amorrortu Editores, 2001, p. 127.

## Se deben encontrar alternativas para situar, en pie de igualdad, a la ciencia formal y experimental, pero también a los saberes asociados a la praxis, a la oralidad y a lo cotidiano.

Beuchot,<sup>10</sup> ante la posmodernidad y la globalización se observa evidente la deslegitimación de todas las hermenéuticas y epistemologías científicas o “univocistas”, como les llama, dando paso a la filosofía de la posmodernidad, a la negación de la propia epistemología, a la renuncia al método y a la adopción de un relativismo extremo. En otras palabras, señala: “ahora proliferan las hermenéuticas relativistas, o equivocistas [que] renuncian a cualquier búsqueda de la objetividad y se encierran en el relativismo excesivo que conduce al escepticismo”.<sup>11</sup>

Pero, además, los espacios locales y sus transeúntes y actores tensionan el ambiente. Los movimientos sociales emergentes —en donde se incluye la manifestación de los desposeídos anónimos, los sin tierra, sin casa, sin trabajo, sin rostro, sin voz ni identidad— evidencian el malestar y la crisis. Demandan *reconocimiento*, como en el caso de los pueblos originarios y, para fastidiar, todo se complica aún más cuando se observa que el sistema económico mundial entra en crisis e implosionan las economías desde sus nodos rectores. De modo que hoy todo es crisis... económica, cultural e intelectual. “Crisis civilizatoria” como han afirmado entre otros pensadores, el mexicano Armando Bartra, crisis de los llamados “paradigmas filosóficos” vigentes. Dificultad que se expresa en la incomodidad, desasosiego y evidente insatisfacción de las propias comunidades científicas. Coyuntura que, sin embargo, desde la perspectiva de algunos intelectuales, es oportuna para las propuestas que aquí se hacen, pues “tal como en otros períodos de transición, difíciles de entender y de explorar, es necesario voltear a las cosas simples, a la capacidad de formular preguntas que, como Einstein acostumbraba decir, sólo un niño puede hacer, [aunque sólo] después de hechas, son capaces de trazar una nueva luz sobre nuestra perplejidad.”<sup>12</sup>

De ahí que deberíamos preguntarnos: ¿No será ahora la coyuntura adecuada para, entre todos, construir una matriz conceptual potente, amplia, abarcativa, multifacética; ahora, cuando el socavamiento de los viejos aunque vigentes paradigmas neo o post-positivistas, racionalistas, marxistas y estructuralistas ha conducido a su crisis

general; cuando a raíz de ello las alternativas filosóficas posmodernas han llevado a una mayor confusión: al escepticismo y a posiciones nihilistas, excesivamente relativistas? ¿Qué sentido tiene argüir razonamientos diversos para diferenciar el “conocimiento científico” del conocimiento experiencial y memorístico, el llamado “conocimiento convencional”, cuando los productos de la ciencia, de los métodos y de las técnicas no “científicas” sino tan sólo investigacionales, son únicamente verdades *relativas* de cierto tipo, es decir, del tipo de las llamadas “científicas”? ¿Por qué degradar el conocimiento convencional y referirse a él como conjunto de saberes de *otra calidad*, cuando éste y no aquél permitió la transformación del primer *homo sapiens* en el verdadero ser humano que aparentemente integra a la humanidad actual? Conocimientos que en su momento se expresaron en la transformación de las montañas originarias, las aldeas básicas, el lenguaje cinésico y las retóricas ceremoniales, en ciudades, culturas, civilizaciones y todo lo que ello ha implicado en términos de saberes, conocimientos, técnicas, tecnologías y herramientas. Recordemos que el conocimiento científico y sus intentos por sistematizar, ordenar y legitimar su pretensión universal, data de apenas 200 años. No pretendamos negar la evidencia: la fuerza y la razón de los conocimientos empíricos que hasta hoy constituyen una parte fundamental, básica, para el desempeño económico-social del individuo, de las comunidades y de la sociedad en general.

### Hacia una teoría holística y analógica del conocimiento

Reconozcámoslo. El conocimiento es una especie de construcción sin paralelo, subjetiva, colectiva, social e histórica. Se edifica entre todos, en los diversos espacios socio-geográficos humanos y desde el despertar de los tiempos. En otras palabras: se origina en los complejos procesos del mundo cotidiano de los sujetos, en donde tienen sus orígenes el saber y la experiencia. Todos los saberes, y entre ellos los “conocimientos científicos”, al formar parte de procesos sociales, no son conjuntos de verdades inmutables, sino procesos perfectibles, falibles, modificables. En ellos está la posibilidad del error, la rectificación y la ilusión, típicas de las civilizaciones; rasgos distintivos de la condición humana. El conocimiento —en tanto que pensamiento y construcción intelectual de realidades— es, como afirmaba Schütz, territorio de la acción social, es decir, se transforma socialmente desde los diferentes escenarios de la vida cotidiana. Esta es la razón por la que los conocimientos científicos sólo deben observarse como un *modo particular* de elaboración explicativa y comprensiva del entorno humano: guijarros, objetos, fauna, fenómenos naturales, fenómenos sociales, etcétera; ubicados sobre una región particular de la realidad y durante un período de tiempo

<sup>10</sup> Mauricio Beuchot, “Hacia un realismo analógico” en Mauricio Beuchot y Luis Primero Rivas (eds.), *Perfil de la nueva epistemología*, México, CAPUB, 2012, pp. 81-96.

<sup>11</sup> Mauricio Beuchot, *Interculturalidad y derechos humanos*, México, Universidad Nacional Autónoma de México y Siglo XXI, 2005, p. 34.

<sup>12</sup> Boaventura De Sousa, *op. cit.*, p. 18.

determinado. Construcción de un “realismo analógico” pero también crítico, mismo que a decir de Beuchot “no sólo acepta la intervención de la inteligencia y la razón, sino además, la de la imaginación o fantasía y el sentimiento; [una construcción de] conocimiento y praxis [...] que tiene la apertura de lo analógico, dando cierta cabida a lo ideal y a lo utópico, también a la imaginación y los sentimientos, además de la inteligencia y la razón.”<sup>13</sup>

Aunque esta idea del realismo analógico es algo más profunda, de ella y de las razones arriba expuestas se colige la existencia de otros, diversos, modos de conocimiento y percepción de las cosas: la experiencia, el sentido común, el pensamiento mítico-religioso, la apreciación ética y estética; la memoria expresada en la oralidad. Corresponde pues a la filosofía y a la teoría del conocimiento —a las epistemologías y a las sociologías del conocimiento— construir una matriz conceptual fuerte, robusta; una teoría general suficiente, abarcadora y capaz. Un sistema que incluya las tres grandes parcelas del conocimiento: 1. La ciencia, los saberes científicos, sus métodos y técnicas decantadas; 2. Los saberes experienciales, memorísticos y orales, en donde se incluyen la cosmovisión y los saberes de los pueblos originarios; y 3. Los saberes míticos, éticos, estéticos y religiosos. Es menester encontrar alternativas para situar, en pie de igualdad, a la ciencia formal y experimental, pero también a los saberes asociados a la praxis, a la oralidad y a lo cotidiano. No se trata de contraponer los saberes experienciales, locales, tradicionales, a la erudición científica e intelectual, o al saber de los laboratorios y centros de investigación. Se trata de imaginar primero y articular después, una teoría que sustente filosóficamente la intención, el sentido, la validez, los procedimientos y las metodologías del quehacer propiamente científico, al igual que su vasta producción científica, tecnológica e intelectual. Una matriz conceptual que por igual atienda los atributos de sistema, método, veracidad y verosimilitud asociados a la heredad cultural; los conocimientos y la experiencia de las civilizaciones antecesoras, incluidas las culturas e identidades regionales vigentes; la memoria de los portadores de conocimientos comunitarios, los saberes asociados al imaginario social, los mitos ancestrales, la religiosidad popular y la apreciación estética. De modo que la construcción de esta teoría general, debe emprenderse desde la hermenéutica, desde el análisis y la comprensión de la naturaleza de los diversos saberes; desde la *historicidad* de su producción, y desde el ser humano, sujeto de la historia, actor y factor de tales conocimientos. Una epistemología que en ambos campos reconozca y valore el papel jugado por el estudioso, el científico y el intelectual, en tanto que sujeto social,

producto de la historia; sujeto determinado por su carácter, su identidad social y su particular formación intelectual. Una epistemología que abra los ojos al contexto social, espacial y temporal de los diversos objetos de estudio; es decir, a la historia, la geografía, el ámbito cultural y la racionalidad de éste.

He ahí la utilidad de la propuesta de Mauricio Beuchot, quien basado en la tesis del realismo analógico, define una hermenéutica del mismo tipo y propone una epistemología nueva, analógica, fundada en sus atributos (analogía, semejanza, proporcionalidad y atribución jerarquizada). Filosofía del conocimiento en donde la realidad es una entidad independiente de los sujetos, independiente de su conocimiento, se construye en el encuentro del hombre y el mundo, y en él intervienen sus marcos conceptuales. Una epistemología mediante la cual, podríamos “conocer la realidad tras este encuentro de hombre y mundo, pues nuestra facultad cognoscitiva es isomórfica a la realidad, es decir, está hecha para reflejarla, [aunque] hay sentido del contexto [e] incluso de la mediación: captamos la realidad con sus características entitativas y nuestras [cualidades] cognoscitivas, sin que en esto haya un relativismo extremo, sino moderado, el del sentido común, que nos dice que no se ve la realidad igual desde un punto de vista dado y desde otro.”<sup>14</sup> Como establece el propio autor<sup>15</sup>, requerimos abrimos “a la imaginación y no sólo a la razón; a los sentimientos y no sólo al intelecto; a lo metafórico y no sólo a lo metonímico.” Urge construir desde la filosofía y las ciencias humanas una nueva epistemología, una matriz conceptual-fuente que, respetando todas las diferencias, unifique teórica, conceptual y metodológicamente los tres grandes sistemas de conocimientos: a) La ciencia y los saberes científicos; b) Los saberes experienciales, memorísticos y orales; y c) Los saberes míticos, éticos, estéticos y religiosos. Todo bajo la premisa de que el equilibrio entre las posiciones tradicionales y las contemporáneas está no en “la univocidad que nos lleva a la intolerancia, a los totalitarismos y a los integrismos, ni en la equivocidad que nos lleva al relativismo, al extravío de los sentidos y al nihilismo”,<sup>16</sup> sino en la analogía cuyo decir es un balbuceo, metáfora encabalgada en la semejanza, fantasía que es análoga a la razón. Epistemología cuyas expresiones tiendan tanto a su sentido como a su referencia; abra la gama de las interpretaciones posibles, de acuerdo a un orden que permita decidir cuándo una interpretación es verdadera y cuando falsa. ■

---

**Antonio Cruz Coutiño** (Chiapas, 1960). Sociólogo mexicano, maestro en estudios regionales y doctor en humanidades por la Universidad de Salamanca. Es profesor en la Universidad Autónoma de Chiapas-Facultad de Humanidades, y en el Doctorado en Estudios Regionales de la misma Universidad. Miembro del CAEM -Cuerpo Académico de Estudios Mesoamericanos. Escribe textos sobre cultura, mitología maya, patrimonio intelectual y metodología. Su más reciente libro es *Cacao Soconusco. Apuntes sobre Chiapas, México y Centroamérica*, Tuxtla Gutiérrez, UNICACH, 2013.

<sup>13</sup> Mauricio Beuchot, 2012, pp. 81-82.

<sup>14</sup> Mauricio Beuchot, *op. cit.*, pp. 82-83.

<sup>15</sup> *Ibidem*, p. 87.

<sup>16</sup> Javier Sicilia, “Entrevista con Mauricio Beuchot. Dios posmoderno” en *Letras Libres (Núm. 12)*, México, 1999, pp. 46-49.